

ENTRE LA AGRESIÓN Y LA VIOLENCIA: ¿ASPECTOS CONSTITUTIVOS DEL COMPORTAMIENT TO HUMANO O DE LA CONSTITUCIÓN DEL *HOMO HOMINI LUPUS CULTURAL*?

Francisco Ther Ríos

De manera general, las teorías sobre la génesis del impulso agresivo pueden agruparse en dos grandes orientaciones. Mientras una orientación señala que el instinto agresivo en el hombre en tanto especie arranca desde su origen animal, la otra reacciona diciendo que la agresividad y la agresión intraespecífica refieren a impulsos específicamente humanos. Estas dos orientaciones no presentan fronteras precisas entre sí. En este sentido, en las líneas siguientes se señala a manera de hipótesis que la violencia intraespecífica en el Plio-Pleistoceno entre los primates no ha podido ser corroborada de manera fehaciente hasta ahora a pesar de las huellas óseas que demuestran golpes en cráneos y algunos huesos largos. Existen diferencias entre lo que se conoce como agresión y lo que manejamos como violencia, sólo el segundo de estos comportamientos es posible de encontrar con seguridad entre los Homo sapiens; la agresión no le pertenecería a nuestra especie. Hasta ahora se hace difícil hablar con propiedad de un estado de extrema agresión y violencia en los tiempos pretéritos, sólo es posible de conocer e investigar hallazgos y comportamientos violentos en los tiempos de mayor desarrollo cultural y tecnológico.

BETWEEN AGGRESSION AND VIOLENCE: CONSTITUTIVE ASPECTS OF HUMAN BEHAVIOR OR OF THE CONSTITUTION OF *HOMO HOMINI LUPUS CULTURAL*?

Generally speaking, theories from the genesis of aggressive impulse can be clustered in two large orientations. While one of these orientations says that the aggressive instinct of man is originated in its animal origin, the other reacts saying that aggressive and intra specific aggression refer to very specific human impulses. However, these two orientations do not present precise borders between them. In the following lines a hypothesis is developed, proposing that intra specific violence between primates, during the Plio-Pleistoceno, has not been corroborated in an unquestionable way until now, regardless of the existence of bone prints that show hits on skulls and other large bones. There are differences between what is known as aggression and what we handle as violence, only the second one of these behaviours is found between Homo sapiens, aggression would not belong to our specie. Until now, is hard to talk, with property, about a period of extreme aggression and violence in preterit times, it is only possible to investigate facts and violent behaviours in times of higher cultural and technological development.

Francisco Ther Ríos: Antropólogo, Magister en Antropología Social, Docente e Investigador del Centro de Estudios del Desarrollo Local y Regional, Universidad de Los Lagos, Chile. E-mail: fther@ulagos.cl

Al esbozar una comparación entre y la *aggression en un estado cultural*
modelos teóricos tradicionales que tratan resaltan los nombres de Hobbes y Rousseau.
sobre la *aggression en un estado natural* Hobbes estableció muy claramente que el

hombre es “naturalmente intrépido y sólo trata de atacar y de combatir”, que es un ser naturalmente ambicioso y egoísta, y que la sociedad sería el elemento ordenador de aquella catastrófica vida; de acuerdo a esto, el hombre viviendo en sociedad no experimentaría los conflictos propios del hombre en estado natural. Sin embargo, es de fácil comprobación que la inexistencia de conflictos-como forma de agresión-es irreal.

A diferencia de Hobbes, el pensador francés J. J. Rousseau considera en el “*Discurso sobre la diferencia entre los hombres...*” que el hombre en estado original (u hombre salvaje como él lo llama) depende sólo de su cuerpo para llevar a cabo las múltiples actividades en su diario vivir; y sería por la falta de ejercicio que pierde capacidad de resolución, siendo la “industria” -nosotros diríamos la cultura- la que roba la naturalidad y otorga al mismo tiempo la fuerza y agilidad que la necesidad obliga a adquirir. Rousseau (1970) criticando al pensador inglés señala:

“Hobbes pretende que el hombre es naturalmente intrépido y que sólo busca atacar y combatir (...), Cumberland, al igual que Puffendorff, también asegura que nada hay de más tímido que el hombre en su estado natural, y que siempre está templando y presto a huir al menor ruido que le llega, al menor movimiento que percibe” (Rousseau 1970).

En términos jurídico-políticos, el derecho natural era considerado por Hobbes como el antecedente del orden político; en este sentido lo que describió para el estado natural fue un estado de incesante y opresiva inseguridad, una guerra de todos contra todos; luego será la sociedad civil el único medio para la conservación del propio hombre dentro del marco de una vida pacífica. Rousseau establece por tanto una diferencia radical con Hobbes: la agresión

y sus distintas formas de expresión existen sólo en este segundo estado del hombre, no en el estado natural. La conmiseración sería pues el elemento que explicaría para el francés el paso del hombre desde la naturaleza a la cultura: en el momento que un individuo sintió compasión por el dolor de otro, se transformó en persona, posibilitando la existencia de lazos de unión con otros iguales a él. A esto Rousseau añade el paso desde la sensibilidad al conocimiento. Traspaso de momentos y maduración de comportamientos que van desde la primacía del cuerpo como principal recurso del hombre natural, alejamiento paulatino y consistente del ejercicio del cuerpo, al surgimiento lento de la industria.

Antes de continuar conviene, sin embargo, aclarar que el hombre en estado natural tanto para Hobbes como para el mismo Rousseau se refieren a construcciones metodológicas, creadas con el fin de exponer y hacer inteligible y viable sus propuestas, más que hechos empíricos, y esto es claro pues al momento de escribir sus ensayos no existían los conocimientos que hoy tenemos a la luz de los descubrimientos de la paleoantropología, la genética, la fisiología, la antropología cultural, el psicoanálisis y la etología, por nombrar sólo algunas. Así, para dilucidar la cuestión que tratamos recurriré a lo que señalan estas y otras disciplinas científicas modernas.

Aproximaciones disciplinares al fenómeno de la violencia

La Teoría Evolutiva señala que el hombre ha llegado a estados superiores de desarrollo biológico, de acuerdo a esto el hombre ocupa un lugar privilegiado en la escala evolutiva, el progreso descriptivo así lo demostraría a través de cambios físico-biológicos como la tendencia al aumento del volumen craneal, reducción de tamaño de las piezas dentarias, marcha bípeda,

visión estereoscópica, etc.. Pero resulta más o menos difícil de entender a un hombre en estado natural cuando hemos nacido dentro de una sociedad con cultura, entonces cabe la pregunta ¿cómo es posible acercarnos al estado natural del hombre?. Dentro de la Antropología Física la Primatología y la Paleoantropología, junto al Estudio de las Poblaciones Esqueléticas avanzan en la búsqueda de respuestas posibles. De los muchos temas abordados por los especialistas, el estudio de la agresión resulta ser de particular importancia dado que permite trazar un continuo en la evolución. Conocer la existencia o no de la agresión en un estado natural permitiría entender muchos de los aspectos actuales del modo de vida del *Homo sapiens*, esto es importante sobre todo si se piensa en las continuas manifestaciones de violencia, conflicto y guerra que supuestamente da origen la agresión. Por un lado existen los estudiosos que hablan de la agresión innata, otros encarnan evidencia de una influencia del medio para su posible desencadenamiento, mientras otros la reconocen como resultado de la herencia cultural.

Las formas de acercarse al tema dependerán así de las distintas disciplinas que traten el problema. Desde distintas disciplinas se ha estipulado que es posible entender en algunos aspectos al hombre natural a través de los grandes primates contemporáneos al hombre cultural, así como también por medio de los estudios antropofísicos del plioleoceno y de las hipótesis originadas en el campo de la Etología y Psicoanálisis. Señalo esto puesto que según los paleontólogos, arqueólogos y antropólogos físicos el antepasado del hombre moderno -es decir, la categoría que metodológicamente podemos denominar como hombre en estado natural- se alimentaba al igual que los primates de frutas y vegetales, y lo que es de suma importancia para nosotros, el antepasado

del hombre moderno al igual que los primates que están en libertad vivían -y esto es desde una visión antropomorfa- en paz, sin conflictos recurrentes que implicaran la muerte de un congénere.

Desde la Etología y la Primatología

Pasando revista a algunos de los datos arrojados por la Etología y la Primatología podemos encontrar algunos aportes que resultan de interés para la exposición. La conducta social en los mamíferos superiores a menudo es provocada por la presencia de miembros de otras especies, se sabe que la diferencia con *otros* otorga identidad a un grupo de individuos; esta diferenciación y relación social parece ser el corolario tanto de la herencia como del aprendizaje. A pesar de que los estudios de los monos antropoides se han hecho difícil de efectuar en su hábitat natural, se han estudiado los comportamientos de algunas especies, entre otros se han observado monos antropoides en el Congo, en la floresta de Budongo (Uganda) y en la Reserva Gombe Stream (Tanganyka); en estos estudios se ha comprobado que no existen asociaciones permanentes entre individuos, que el comportamiento agonístico es raro y que, al mismo tiempo, existen muy pocas indicaciones de que se den entre ellos relaciones de dominio y subordinación, a excepción de los gorilas, entre quienes existe una particular forma de dominio relacionada con la edad. En otras especies ha sido posible revisar y comprobar distintas relaciones de dominación; entre los cotomonos (monos aulladores de cola prensil), por ejemplo, se han detectado la existencia de cuatro tipos de relaciones basadas en las tres clases principales de individuos: machos, hembras y jóvenes. Algunos investigadores, como J. P. Scott, han señalado que entre los cotomonos existe en base a los tres tipos de individuos:

relaciones de dominio-subordinación, relaciones sexuales, relaciones de cuidado mutuo, y relaciones líder-seguidor. Pareciera ser que en la mayoría de estos primates se presenta un comportamiento alomimético, sin que ello necesariamente signifique que en todos los grupos existan jefes; de hecho entre los cotomonos, aún cuando los machos más activos van delante del grupo, no se puede hablar propiamente tal de la existencia de jefaturas. Un grupo distinto son los mandriles y el mono rhesus que sí logran reconocer la jefatura de uno de los miembros; entre los primeros es posible observar fuertes jerarquías de autoridad, v.gr., cuando van de un lado a otro, el macho más dominante se coloca en el centro y los más subordinados a cierta distancia de él; por su parte, la vida social del mono rhesus (de Cayo Santiago, cerca de Puerto Rico) está determinada por la jerarquía de autoridad existente entre los machos, en periodos de celos, por ejemplo, es común que la hembra pase de uno a otro macho.

En general para los etólogos la vida social entre los primates está basada en el comportamiento que busca abrigo o protección, y en el que puede considerarse básicamente como comportamiento sexual.

En cuanto a la dominación y agresión, la Etología y la Primatología siguen entregando interesantes datos. Se dice que es indudable que las interacciones de dominación son fundamentales en la conducta de los primates, y, que especialmente se destacan estas entre los monos del Viejo Mundo así como también en el *Homo sapiens*. Esto, sin embargo, no es del todo aceptado. DeVore (1975) y Washburn (citado por Roper s/f) en los años sesenta al estudiar la ecología y el comportamiento de los babuinos -considerados comúnmente como animales muy agresivos-, llegaron a concluir luego de más de 200 horas de observación, que el fuerte sistema social impide la

manifestación de agresividad en esta especie. Por otra parte, también se ha llegado a conocer que entre las especies arbóreas la expresión de dominación es a menudo menos frecuente y más sutil, siendo la evitación lo más recurrente. Sucintamente, podemos reconocer a lo menos dos tipos de dominación: en algunos grupos de monos donde existe un solo macho adulto dominante de hembras éste no permite la presencia de ningún otro macho adulto; o bien la dominación posible de reconocer en las agrupaciones de escasa cohesión interna, como sucede entre los chimpancés, donde las frecuentes interacciones de dominio entre los adultos no permite reconocer una jerarquía. El origen de la dominación, es decir, la respuesta a cómo esta nace está determinada por una serie de circunstancias que pueden intervenir de forma totalmente libre; de esta manera, la posición de dominación de un individuo puede ser el resultado de una serie de sucesos, entre los cuales se pueden incluir: los triunfos obtenidos anteriormente en enfrentamientos, la posición de la madre del individuo, y el número y posición de individuos que defienden a un miembro del grupo cuando este es atacado, etc..

Otro punto importante se refiere a lo que se ha llamado "la reorientación de la agresión". Entre los primates -incluido el hombre- se sabe que cuando se reconoce como amenazadora una conducta, el animal amenazado reorienta la amenaza a un tercer individuo o a un objeto inanimado. Esta reacción en cadena sirve probablemente para mantener y reforzar periódicamente las distintas formas de dominación.

Fisiología de la agresión y Psicoanálisis

Se ha establecido que el conflicto y la agresión en la mayoría de los primates se observa como elementos integrantes del comportamiento de adaptación propio de

cada especie del taxón, esto dado que la agresión es consecuencia de la evolución de las especies en el tiempo. Esto hace pensar en los grandes cambios que ha experimentado la vida del hombre en los últimos dos millones de años; la vida del hombre es radicalmente diferente a lo que fue en ese entonces.

Con cierto riesgo a cometer una equivocación, se puede deducir que de alguna manera el modo de vida humano habría heredado la biología de la agresión que cumplió funciones de adaptación en épocas pretéritas. Resultando que la evolución de la conducta humana debería ser entendida tanto mediante los procesos de selección cultural como de selección biológica. Y no podría ser de un modo distinto, ya que la forma en que se desarrolla la agresión internamente en un primate es similar, por no decir igual, a la forma que la experimenta fisiológicamente el hombre. Es evidente que la actitud y el comportamiento agresivo en el hombre varía del comportamiento de los primates por el componente cultural que aleja al hombre del mero uso de su cuerpo como herramienta de sobrevivencia y perpetuidad. Desmond Morris (1970) ha descrito de manera excelente la expresión fisiológica de la agresión más o menos con las siguientes palabras:

“La sangre recibe adrenalina y todo el sistema circulatorio se ve profundamente afectado, el corazón comienza a latir más de prisa y la sangre viaja desde la piel y las vísceras a los músculos y el cerebro; aumenta la presión sanguínea y el nivel de producción de glóbulos rojos asciende a gran velocidad. A su vez el periodo necesario para la coagulación sanguínea experimenta una reducción; además se interrumpe el proceso de digestión y de almacenamiento de alimentos, se restringe la segregación salival; cesan los movimientos del estómago, así como también la secreción del jugo gástrico y los movimientos peristálticos del intestino. El recto y la vejiga no logran

vaciarse con la misma facilidad que en condiciones normales. Desde el hígado son expulsados los hidratos de carbono almacenados, llenando la sangre de azúcar. Existe un aumento masivo de la actividad respiratoria, haciéndose el proceso más rápido y con una acentuada profundidad. Los mecanismos de regulación de la temperatura se alteran, los pelos se erizan y el sudor escurre con gran facilidad. Todos estos cambios fisiológicos sirven para preparar para el combate” (Morris 1970).

La forma de como se desenvuelve la agresión internamente en el hombre antes del combate sería similar en el primate.

La agresión realmente existe en los primates. Esto es cierto, puesto que los animales en general luchan entre sí por razones fundamentales: bien para establecer su dominio en una jerarquía social, o bien para hacer valer sus derechos territoriales sobre un pedazo determinado de suelo, pero nunca -y subrayo esto- luchan a muerte. Si la agresión existe entre los primates por tanto podemos pensar que existió en el hombre natural de una manera más o menos similar a como se expresa y opera en el hombre cultural: luego de percibir una amenaza -como es el intento de usurpación del territorio- el sistema nervioso autónomo pone en alerta al subsistema simpático para preparar al cuerpo para la actividad violenta. Se trata de manifestaciones involuntarias, desencadenadas por algún tipo de suceso significativo para el individuo en su contexto, el cual no puede ser ocultado sin más ni más.

El Psicoanálisis ha hecho sus aportes también al respecto, sirviendo algunos estudios psicoanalíticos como base a posteriores estudios etológicos. El Psicoanálisis explicita la agresión a través de la lucha permanente y cotidiana entre el *Eros* y el *Thanatos*, o instintos de vida y muerte respectivamente. En el hombre cultural el *Eros* supera notablemente al instinto de muerte; el individuo cultural

encuentra en la agresión intraespecífica cotidiana un medio para reducir sus tensiones que de otro modo le impulsarían a buscar su propia muerte. Cabe señalar que el continuo enfrentamiento entre *Eros* y *Thanatos* es propio a toda vida orgánica y, por lo tanto, está presente también en el hombre natural, pero se puede suponer en base a lo expresado que el enfrentamiento entre los instintos de vida y muerte en el estado natural se encuentra en equilibrio. Ninguno de estos instintos supera al otro.

Homo homini lupus cultural

Aún cuando se evidencian distintas manifestaciones de conflicto y agresividad, no es posible considerar los orígenes “bestiales” del hombre como un factor de gran importancia para explicar el asesinato y la guerra ejercitados por el hombre arcaico y moderno. Es verdad, la agresión existe, pero será disímil según el estado natural o cultural del hombre.

No debemos, sin embargo, confundir las cosas. Aunque existe agresión en el estado natural, lo más común ha sido señalar la dificultad de encontrar ejemplos de especies que, viviendo en condiciones de hábitat natural, desarrollen peleas con el fin de dar muerte al perdedor. Los estudios de campo sobre algunas especies de primates superiores han llegado a la conclusión que en todas las especies, a excepción del Rhesus Temple, se logra el espaciamiento al interior de los grupos sin mayores esfuerzos y prácticas de dominación. Sumado a lo anterior, se ha trabajado, aunque no lo suficiente, en Paleantropología con el fin de responder a la cuestión de que si existen pruebas concretas que nos hablen sobre la posible existencia de agresión intraespecífica entre los homínidos del pleistoceno¹.

Desde hace tiempo los teóricos han sostenido dos puntos de vista referente a las hostilidades intra e intergrupales.

Hay quienes sostienen que el hombre primitivo vivía en hordas antagónicas, otros en cambio creen que los hombres primitivos eran apacibles. Estos últimos subrayan más que nada la importancia de la cooperación intragrupal para mantener la propia existencia de las poblaciones. Los escasos restos óseos pertenecientes a los homínidos que han dado origen al hombre moderno resumen una larga historia de vida exenta de violencia extrema. Tanto los restos culturales como los restos óseos de *australopitecinos*, *pitecantropinos* y *neandertales* no registran datos importantes de agresión intraespecífica concreta, es imposible distinguir entre los primeros las armas de guerra y las de caza hasta después del pleistoceno.

El testimonio de los restos culturales no logra dar suficiente cuenta de una agresión intraespecífica. El arte en las cuevas del Paleolítico Superior (Francia, periodo *Auriñaciense-Perigordienne*) es testimonio de alguna matanza intraespecífica, pero no es prueba suficiente: se aprecian figuras humanas con flechas clavadas en el cuerpo, incluso en la cueva de Villars se ha encontrado una pintura que se supone explicita una representación de individuos muertos que provienen de otras regiones, esto podría significar no sólo una matanza intraespecífica, sino también una guerra en el paleolítico superior; sin embargo, las pruebas culturales son demasiado indefinidas como para llegar a tal conclusión. Sólo con los restos óseos, que ya son pocos, se puede tener una mayor exactitud. Sin embargo, no hay que olvidar que muchas de las fracturas hundidas de cráneos fósiles pueden deberse no necesariamente a una agresión intraespecífica: una herida en el cráneo pudo ser causada antes de la muerte del individuo, el cráneo pudo haber sido golpeado poco después de la muerte. En el primer caso, la curación de la herida es una clara evidencia que el individuo sobrevivió

al golpe, pero esto no significa que el golpe haya sido necesariamente causado de manera intencional y con el objeto de causar la muerte o al menos producir una herida. Existen muchas formas en que un individuo vivo sufra una fractura hundida (caer y golpearse con una piedra, golpearse con una piedra caída desde el techo, ser golpeado por otro homínido deliberada o accidentalmente, etc.).

Otras investigaciones realizadas dan más pistas acerca de las probables muertes intencionales. Una de estas investigaciones trata sobre el hallazgo de treinta y seis restos craneales de *Australopithecinos* del Pleistoceno Inferior y medio encontrados en el norte y sur de África. De estos restos craneales, se dice que veinte individuos habrían muerto en manos de otros homínidos. Por su parte Leakey, Tobias y Napier han insinuado que el *Australopithecus boisei* pudo haber sido víctima del *Homo habilis*, más evolucionado que el primero. No obstante, no existen pruebas que apoyen finalmente esta hipótesis.

Se han reportado además otros seis cráneos fragmentarios de *Australopithecinos* que muestran huellas de golpes (tres de *Sterkfontein* y los otros de *Taung*, *Makapansgat* y *Kromdraai*). Dart, quien los ha estudiado, señala que estos cráneos fueron sometidos a violencia premeditada y que sólo pudieron ser dañados con implementos sostenidos por manos, además que estos elementos habrían sido fabricados con huesos de animales (industria osteodonteoquerática). Leakey alega como testimonio de violencia en África Oriental los restos de un niño de la especie *Homo habilis* de 11 años, muerto por un golpe en la cabeza, su prueba principal es la mandíbula rota y la depresión con líneas de fractura en los parietales. Para otros investigadores, como Montagu, Coon y Halberstran, las heridas pudieron ser producidas *pre* o *posmortem* por múltiples causas sin

existir necesariamente la menor conexión con algún instrumento de tipo cultural.

En cuanto al *Pithecanthropus*, de la misma manera que para los *Australopithecinos* no se puede hacer ninguna afirmación definitiva de violencia intencional. En la Cueva de Choukoutien fueron encontrados cráneos mostrando marcas de agresión, además de otro material óseo pithecantropino mezclado con restos de distintas especies animales; los huesos largos de estos homínidos fueron quebrados para extraer el tuétano, presentando además señales de fuego. Para Weidenreich la extraña colección de huesos humanos obtenida en Choukoutien ha sido hecha por el propio *Zinanthropus*, quien supuestamente “cazaba” a sus propios congéneres de la misma manera que lo hacía con otros animales. Lamentablemente los restos de esta cueva desaparecieron durante la Segunda Guerra Mundial, siendo hoy por hoy los estudios de Weidenreich la única fuente de conocimiento. Investigaciones más recientes han sugerido separar los testimonios óseos relacionados con prácticas de canibalismo, de los de violencia intencional; esta tarea ha permitido saber que efectivamente existió un canibalismo ritual después de la muerte, pero la principal conclusión señaló que los golpes que causaron las fracturas hundidas son evidentemente una cuestión discutible.

Para los *Neandertales*, el caso de mayor impacto lo constituye el sitio del río Solo (cerca de Ngandong, Java). Aquí se encontraron once cráneos y más de dos mil huesos de animales. Se cree que estos once neandertales fueron muertos para ser comidos posteriormente, las cicatrices en los huesos dejan ver que las fracturas fueron hechas antes de la muerte, desconociéndose totalmente la posible identidad del o los atacantes; hipotéticamente se ha dicho que los asesinos serían Neandertaloides de otros lugares o el mismo *Homo sapiens*.

Lo señalado en los últimos párrafos, y tal como lo dice Roper (s/f), en consecuencia es más una corta lista de lesiones craneales que la evidencia necesaria para hablar de una agresión común, en el sentido de ser regular o rutinaria entre el grupo de homínidos anteriores al *Homo sapiens*. Los datos anteriores, no logrando ser del todo categóricos, mantienen de esta manera abierta la pregunta ¿qué hace aparecer el desequilibrio en la vida del hombre en estado social o cultural?.

Hipoteticemos al respecto

El hombre al igual que los animales siente, pero su intelecto se desarrolla a partir de las asociaciones entre sensaciones, en este sentido, para cada necesidad sentida el hombre natural busca la satisfacción, existiendo una relación directa entre necesidad y satisfacción. Finalmente, a medida que el hombre experimenta un mayor desarrollo intelectual, las necesidades comienzan a aumentar en número y a ser menos satisfechas, apareciendo las frustraciones, según los psicólogos clínicos. Las frustraciones se originarían a causa de interferencias que aparecen en algún momento mientras se trata de satisfacer una necesidad. Ahora bien, existiría cierto tipo de frustración que daría lugar a respuestas agresivas -las amenazas o las ofensas personales- pero que sólo darían como resultado respuestas agresivas al estar en presencia de estímulos adecuados, es decir, de aquellos que se hayan asociado con el causante de la frustración, estando este o no presente.

En relación a lo anterior, la agresión en forma moderna o en el estado cultural desembocaría en actos sangrientos de muerte (piénsese por ejemplo en las dos guerras mundiales, o en la guerra de Vietnam y más recientemente en la del Golfo Pérsico; sin mencionar la continua violencia que se vive a diario en las grandes ciudades del mundo). Estos actos están asegurados por un lado por la vida cultural misma y, por

otro, por los artefactos culturales (como son las armas y la tecnología en general).

En el estado natural, en cambio, lo único que se deseaba era la derrota del enemigo, no su muerte; la finalidad de la agresión era el dominio, no la destrucción. Generalmente entre los Primates, y también en el hombre en estado natural, la agresión aparece como un medio para mantener cohesionado internamente al grupo, destacándose en todo esto la figura del macho dominante.

Los grupos de primates -y debió ser probablemente de igual forma en el hombre cuando caminaba sólo con sus fuerzas físicas como herramienta hacia lo cultural- se caracterizan por la existencia de un macho, el cual es el señor supremo a quien todos los miembros del grupo le brindan su respeto. Apaciguarse o sufrir las consecuencias es el lema. El líder es también el más activo en la protección del grupo contra los riesgos externos, participando del mismo modo en la evolución de cualquier disputa que se presente entre los miembros inferiores. La vida entera de cada miembro del grupo gira alrededor del animal dominante, su papel omnipotente le otorga una categoría de semi dios. Hasta aquí lo que sucede es posible de comprobar a través de los primates contemporáneos. El comportamiento de éstos otorga elementos para pensar que el hombre pretérito debió inicialmente desarrollar un espíritu de cooperación, tan vital para su nuevo modo de alimentación -la caza-, que el individuo dominante tuvo que ser severamente limitado, pues se necesitaba una activa participación de cada miembro del grupo; esto es totalmente opuesto a la actividad pasiva de los individuos característica de aquel tiempo en que eran guiados por un tirano² y se dedicaban a las actividades de recolección frutícola. El cambio de alimentación se debería entre otras cosas a las conquistas progresivas del grupo en distintos territorios.

En consecuencia, el tirano desapareció para dar paso a un jefe más tolerante, más

colaborador. Este paso, era esencial para el nuevo tipo de organización de “ayuda mutua” que se estaba desarrollando³. Pero se suscitó un problema: al sustituirse el dominio total del miembro “número uno” del grupo por un dominio calificado se originaba un vacío importante, pues persistía la antigua necesidad de una figura omnipotente capaz de tener al grupo bajo control. La falta de este individuo pudo haber sido compensada con la intervención (o invención) de un dios o de un poder político; las influencias de estas figuras pudieron entonces actuar como fuerzas adicionales a la acción y efecto mucho más restringido del jefe de grupo.

En el presente el hombre cultural, u *Homo homini lupus cultural*, comienza a desarrollar formas de agresión muy alejadas de lo natural. Creo que estas nuevas formas de agresión y violencia están vinculadas con la incapacidad de la misma sociedad para evitar frustración en el *Homo homini lupus cultural*. La misma vida en sociedad crea frustraciones. El hombre ha creado la tecnología y la ideología suficiente como para dejarse a sí mismo en un estado de profunda y eterna búsqueda, una búsqueda que no tiene término. Finalmente, el modo de vida del hombre se caracteriza por la desesperación y desilusión; cada vez más frustrante y, por tanto, cada vez más violenta.

En las líneas que preceden se ha desarrollado la hipótesis del *Homo homini lupus cultural*. Queda entonces el desafío para intentar crear modelos interpretativos acerca de la agresión y la violencia que permitan cometer -como en estadística- un error tipo 1.

Referencias Citadas

DeVore, I.

1975 Conducta de los primates. En *E.I.C.S.*, dirigida por David L-Stills, Tomo II, pp. 743-751. Aguilar Ediciones, Madrid.

Morris, D.

1970 *The naked ape*. Dell publishing C.O., Nueva York.

Roper, M. K.

S/f *Panorama de las pruebas de muerte violenta intencional intrahumana durante el Pleistoceno*. Manuscrito existente en la Biblioteca “Juan Comas” del Instituto de Investigaciones Antropológicas, Univerisdad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

Rousseau, J. J.

1970 *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres...* Nueva colección Ibérica. Barcelona: ediciones peninsulares.

Notas

1. Marilyn K. Roper (s/f) en su excelente artículo pasa revista a los descubrimientos y resultados arrojados por la Antropología Física y específicamente por la Paleoantropología.

2. Existe una diferencia radical en este punto entre primates y *Homo sapiens*. Piénsese en los grupos de bandas con régimen igualitario, que al menos en lo ideal, pudieron existir. Habría que establecer, sin embargo, si el tirano en este grupo es real o imaginario, pues puede suceder, al igual que en muchos grupos de primates, que no exista el macho dominante. En este tipo de casos no deja de existir una clara jerarquía y orden social.

3. A propósito de esto, considero oportuno mencionar que el dominico Francisco de Vitoria en el siglo XVI a consecuencia del análisis que hacía sobre el encuentro y choque entre indios y no-indios, explicaba que la formación de la sociedad se originaba en la necesidad de hacer *más livianas las cargas de cada uno*.